

Celda 211. La telaraña polifónica

Daniel Parra Mejía

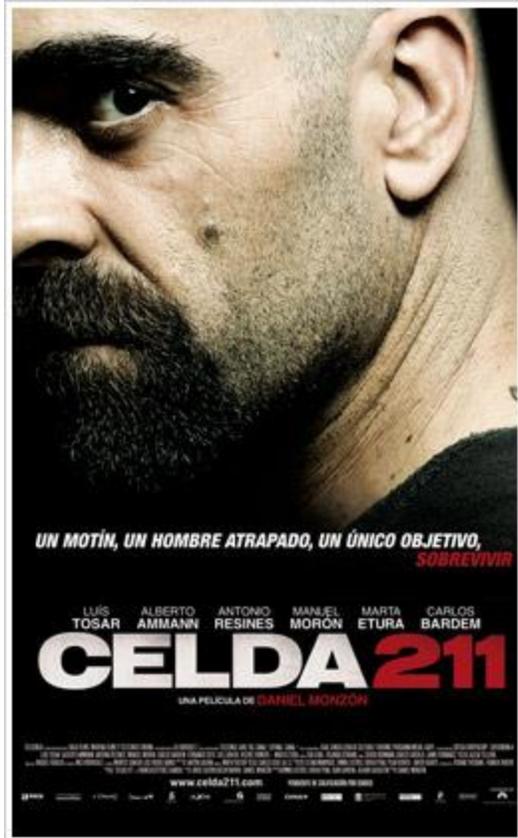
Las películas que conmueven en *crescendo* se llevan el premio del recuerdo de su público que no deja de preguntarse durante y después ¿qué pasaría si fuese yo, qué hubiera hecho, cómo habría salido de ese problema? No es para menos que esta película mantenga al público frente a este espejo de preguntas durante aproximadamente 112 minutos. **Celda 211** mide tan bien los respiros del drama que su ritmo deja inhalar el suficiente aire para continuar atrapado con los ojos bien abiertos. Es como la pieza que se disfruta con un buen bailarín cuando en las vueltas sujeta con firmeza y en el vals suelta.

Sólo se puede adelantar el punto inicial de la trama, de lo contrario no lo perdonarían: Juan -un funcionario de prisiones- llega a la cárcel, entra, se presenta con sus compañeros -por llamarlos de algún modo-, ellos le muestran su nuevo sitio de trabajo, sufre un accidente y queda atrapado en un motín. La problemática se presenta en los primeros doce minutos del largometraje, y cuando se conoce, da la sensación de ir adelantada, de haber entrado en un relato que tenía una dinámica propia, viene un gancho contundente con el punto de partida, y lo que le sigue, ha sido pensado como una emboscada de tensión.

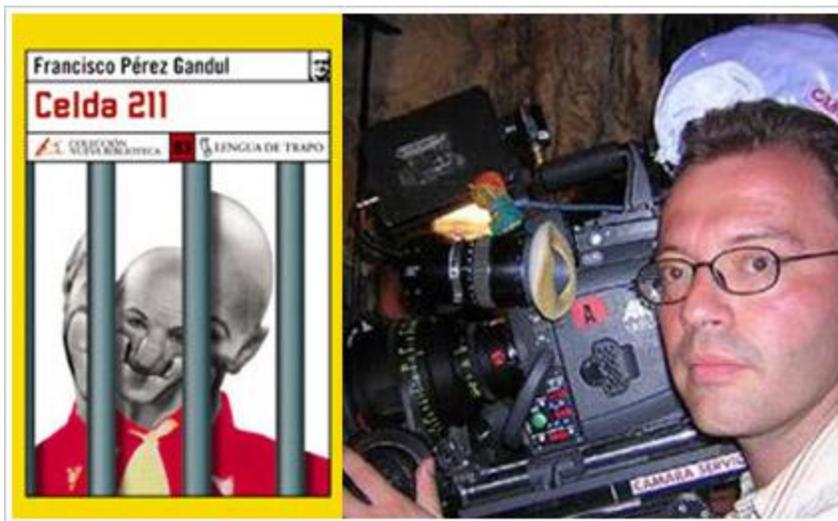


De los más de diez personajes que sobresalen, cada uno atesora un punto de vista sobre la realidad de la película que es inconfundible y una forma de hablar verosímil conforme a las características físicas y psicológicas propias. En total, se generan múltiples y variadas perspectivas vitales, la aproximación a la trama salta de voz a voz, de personaje a personaje en un tono armónico creciente en intensidad, creando lo que se conoce como polifonía: varias líneas existenciales trazadas desde cada personaje, sostenidas y conectadas finamente, crean la maraña dramática que atrapa al espectador insecto en esta telaraña.

Para generar este efecto de polifonía hace falta además de lo mencionado detenerse a observar cómo se ha narrado la historia. La ventana desde donde vemos la película (el narrador), nos permite estar en varias locaciones de la acción (exteriores e interiores), es un narrador omnipresente que distribuye la narración mediante cortes precisos para ayudar al desarrollo, jugando con la información al mejor estilo policiaco y creando un amplio panorama del tema por la distribución de sus personajes. **Celda 211** nos permite ser testigos de la dificultad para sobrevivir en muchas de las cárceles penitenciarias de Iberoamérica. Como dice el póster de la película “un motín, un hombre atrapado, un único objetivo, sobrevivir”.



Cabe señalar que la polifonía en esta película no sólo estuvo pensada al interior de la historia, también, puede verse un toque de la misma en la forma como se mezclaron las habilidades constructivas del periodista y autor de la novela, Francisco Pérez Gandul, y la visión de un lector que avista una nueva aventura fílmica en la tierra de la adaptación, Daniel Monzón. Éste cuenta que “Cuando **Celda 211** cayó en mis manos, me la leí de un tirón y supe que quería llevarla a la pantalla (...) Como película, constituía un reto narrativo de primer orden, dejaba poco margen a otra cosa que no fuera despojar la puesta en escena de artificio y poner la cámara al servicio de los personajes”.



A esta adaptación se le ha encasillado en el género de prisión - aquel encargado de abrir la cotidianidad entre las rejas-, pero conviene añadir que ésta en su mezcla trae además elementos del suspense -a grandes expectativas

fuertes tensiones - y añadidos del género policiaco - al develarnos pistas que llevan a nuevas pistas de mayor intensidad y complejidad -. No en vano se le concedió en 2005 el premio Memorial Silverio Cañada a la mejor novela negra escrita en español.

Rastreando los hilos que ha dejado Daniel Monzón - la araña tejedora de esta telaraña fílmica -, vemos que ha ocupado la silla del espectador - siendo gran cinéfilo -, del crítico - recordado comentarista de la revista *Fotogramas* y del programa televisivo *Días de Cine* -, y la del director, en la cual se le ha visto adherido desde que debutó con el largometraje ***El corazón del guerrero*** (1999), seguido de ***El robo más grande jamás contado*** (2002), ***La caja Kovak*** (2006) y la comentada ***Celda 211*** que le dio la oportunidad de alzar el premio a mejor director de los premios Goya en 2010.

Los últimos dos sellantes que compactan la telaraña argumental son la cámara y la fotografía, integradas caracterizan los espacios como un personaje más de todo el film que cuenta con sus propias formas de comunicar desde la frontera del silencio. Escenarios detallados, con personalidad y luz propia. Le es tan personal el espacio a cada personaje, que refleja la opresión y el agobio al que ha sido sometido. De la mano actúan espacio y personaje. Y en cuanto a interpretaciones, sensitivamente se desglosa cada actor en la pantalla, con el logro máximo de Luis Tosar que se ve rapado, con su nombre en el cuello y un tatuaje de una tela de araña en su brazo. Bien constata su director, "a película terminada, me es difícil imaginar actores más sólidos y adecuados".

Daniel Andrés Parra Mejía. Periodista y escritor colombiano.